*Introducción*

Rodolfo Mouras trabajaba como Supervisor en un prestigioso

supermercado, ¿pero le gustaba lo que hacía? ¡Para

nada! Había ido a parar ahí porque tenía que mantener a

una familia, esposa e hija, y reparar relojes no le permitía

hacerlo dignamente. El reemplazo paulatino pero inexorable

de los analógicos por los digitales era una de las razones.

Pues lo cierto es que si les hubiera dedicado el tiempo justo

y necesario a estas máquinas de precisión, no se hubiera pasado

los últimos cinco años de su vida ladrándole a la luna

como un rottweiler.

De adolescente ya se perfilaba como relojero, y de los

buenos. Siempre revisaba los relojes que su abuelo coleccionaba

con pasión. Los investigaba uno por uno, los desarmaba

por completo, y más de una vez hizo funcionar algunos que

habían colapsado hacía tiempo. Pero lo hacía a escondidas:

temía que su abuelo lo castigara. Lamentablemente Mouras

no llegó a descubrir que era un viejo piola que lo adoraba

y jamás hubiera lastimado sus sentimientos o coartado su

curiosidad siquiera. Un tipazo don Genaro, lo decía todo

el barrio.

Pero en la familia nunca había quedado claro si Rodolfo

quería escuchar los latidos de su corazón o seguir los pasos

de su padre. Hombre con poco vuelo que se conformaba

con tener un trabajito oscuro de empleado municipal con

tal de que no le exigieran nada más que la puntualidad y

las siete horas y media de trabajo corrido. Hasta ahí llegaba

su compromiso laboral, después “que no me jodan”, literal.

Y nunca lo hicieron pero tampoco ascendió. O sea: nunca

nada. ¡Un horror! Porque el padre de Rodolfo no podía

contar nada, ni bueno ni malo. Su vida había sido una gran

nada que había durado sesenta y seis años; en cuanto se jubiló,

le agarró flor de depresión y al año se murió.

Y aunque Rodolfo podía haber hecho algo mejor que

su padre, la verdad era que no se había animado lo suficiente.

Porque ser relojero cuenta con una especie de plus,

otorga un cierto poder. Dominar el tiempo de los demás

da poder, ¿o no? Uno puede vivir en el tiempo real o en el

limbo. ¿Qué ocurriría si todos los relojeros se manifestaran

en huelga? ¿O modificaran al unísono los relojes del planeta?

¡Nadie sabría en qué hora vive! ¿Acaso eso no da un

poder absoluto sobre el resto de los mortales?

Pero Rodolfo prefería el anonimato, las sombras a la luz

del día. Y le ocultaba su pasión de toda la vida justo al Gerente

de Ventas, su jefe directo, grave error. Porque Mauro,

gordito simplón y con escasa vocación para el trabajo, lo

seguía siempre muy de cerca al ver que nunca cumplía con

el horario establecido desde que entró. ¿La razón? Rodolfo

visitaba a sus clientes por la mañana, todos los días, ¿cómo

podía blanquear su segunda ocupación rentada? Sin embargo,

con lo que no contaba Mouras era con que la actitud

de Rivarola Pinedo terminaría por convertirse casi en una

cacería personal, pues conforme el tiempo transcurría, el

malestar del gordito simplón iba *in crescendo*.

Lo más incomprensible de tal situación era que a pesar

de su amor confeso por esa actividad, Rodolfo nunca había

logrado vivirla como “su profesión”. ¿Cuándo dejó de

soñar? Al crecer se olvidó de que tenía una pasión. Porque

él tenía una pasión, algo poco común entre los seres humanos,

y su gran desacierto había sido no darle el lugar que

se merecía. ¡Todo hubiera sido tan distinto! (Había cursado

tres años de Arquitectura por darle el gusto a su madre,

para luego seguir por inercia la carrera de Bellas Artes aunque

había argumentado vocación propia. Pero el tic tac

había seguido reverberando en sus oídos, y decidió dejar

de ignorarlo cuando Genaro le legó su colección completa:

trescientos veintitrés relojes, de distintas procedencias, facturas,

épocas, que atestiguaban el fervor compartido.)

Si se hubiera animado a asumir su pasión como lo que

era, no habría tenido que padecer, por ejemplo, a su jefe, el

inepto Gerente de Ventas de “la cadena de supermercados

más grande de la Argentina. Mundocompras, el universo a

tus pies”.

Mauro le había dedicado más tiempo al golf que a su

puesto de trabajo garantizando a todo el que quisiera oírlo

que jugaba, y que además lo hacía bien. Pero en realidad

su *leit motiv* era esperar, con la paciencia propia de un presidiario,

a que el resto recorriera todo el *green* para luego

atragantarse con la cerveza y la picada que religiosamente

tocaban después. Pues Rivarola Pinedo siempre perdía, y no

se podía contar con él. Y cuando sus compañeros de equipo

descubrieron que no había forma de librarse de su presencia

lo adoptaron como *caddie*, mientras él intentaba convencerlos

de que era su amuleto de la suerte. (Cabe destacar que

él también desarrollaba la citada actividad en su horario de

trabajo, pero no lo hacía a hurtadillas, como su subalterno,

pues creía que gozaba de absoluta impunidad no sólo por el

cargo que detentaba, sino por ser el marido de la viuda de

Carmelo González, hijo del fundador del emporio.)

Lo que agudizó la rispidez en el vínculo entre Mauro

y Rodolfo fue que el Directorio le solicitó al Gerente de

Ventas que investigara las fallas existentes en alguna de las

sucursales, y a este no se le ocurrió mejor idea que derivarle

el tema al Supervisor. Pero Mauro nunca elevó los informes

con la firma y el sello correspondientes, sino que usó los

propios: Licenciado Mauro Ezequiel Rivarola Pinedo - Gerente

de Ventas - Supermercados Mundocompras - Buenos

Aires - Argentina. Cosa que enervó a su contraparte, porque

además, no había finalizado carrera universitaria alguna.

Pero la verdadera frutilla del postre fue su última jugada.

En una jornada de trabajo pautada en Parque Norte, en la

Costanera, a la que concurrió todo el personal administrativo

de las cuarenta y siete sucursales de la Ciudad Autónoma,

tras seis horas demoledoras apenas interrumpidas por

un rápido refrigerio, el gordito simplón tomó del hombro

a Mouras y le dijo:

—Papi, tenés que irte a Córdoba, hay kilombete. Hacete

un bolsito esta noche que mañana viajás temprano. El Directorio

está que explota.

—Mauro, yo fui clarísimo cuando entré a laburar. Te dije

que no puedo viajar. Esa fue mi única condición hace cinco

años y aceptaste. Ahora no me salgas con eso.

—Mirá, Rodolfo, si les digo eso se van a hinchar las pelotas,

no te conviene. Cuando volvés, en un par de meses,

te tomás unos días compensatorios, ¿ok? —dijo Mauro y

se fue bailando el carnaval carioca junto a los empleados

que sonreían con cara de vaca idiota, mientras el fotógrafo

contratado especialmente para la ocasión disparaba su flash

sin solución de continuidad.